

FERNANDO
HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

LA FRONTERA SALVAJE

Un frente sombrío
del combate contra Franco
(1944-1950)

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

INTRODUCCIÓN

El 14 de septiembre de 1945, el ministro de la Guerra francés, el gaulista André Diethelm, dirigió un escrito al coronel comandante de la frontera de los Pirineos, en Toulouse:

A raíz de las repetidas incursiones de carabineros españoles [Guardia Civil] en territorio francés [...] le ruego que transmita a las unidades de la Gendarmería interesadas la orden de detener inmediatamente a todo militar español que traspase nuestra frontera y hacer uso de sus armas, si fuera necesario, en caso de que el militar español intente huir, se resista o adopte una actitud amenazante.

El Ministerio de Asuntos Extranjeros, conocido en el argot diplomático como el *Quai d'Orsay* encargó al representante en Madrid protestar con la máxima energía contra las provocaciones de las fuerzas fronterizas e informar al gobierno español de la contundencia con la que, llegado el caso, se respondería. Previamente, la Gendarmería Nacional comunicó a la compañía que custodiaba el Departamento de Altos Pirineos que todo militar extranjero sorprendido en su suelo debía ser transferido al campo de Noé (Haute-Garonne), un establecimiento de internamiento bajo responsabilidad del Deuxième Bureau.

Los roces eran continuos. El 24 de septiembre de 1945, el teniente coronel Coissard, de la Subdivisión Militar de Tarbes (Altos Pirineos) refirió un tiroteo entre una patrulla francesa y otra española en el sector de Aragnouet. Aunque no hubo que lamentar bajas, la situación era extremadamente tensa. Y así prosiguió durante tiempo: el 21 de julio de 1946, la Prefectura se hizo eco de informaciones de los medios locales sobre intercambio de disparos entre la Guardia Civil y las Compañías Republicanas de Seguridad (CRS) en la zona de Luchon. El 17 de agosto, el comandante de la 17ª Compañía de CRS relató lo sucedido con un grupo de treinta y un turistas de la Sociedad de Recreo Pirenai-

ca de Bagnères-de-Luchon que habían cruzado la raya de forma involuntaria. Todos fueron conducidos al hospital de Benasque, donde tres españoles que formaban parte de la excursión fueron objeto de un interrogatorio en profundidad. Les preguntaron, entre otras cosas, por la actividad de fuerzas guerrilleras en la región y por su armamento. Su integridad pendía de un hilo: «Un guardia, antiguo soldado de la División Azul que aún portaba la medalla de la guerra contra los rusos y que hablaba alemán, dijo en español, haciendo un gesto con la metralleta: *Si por mi fuera, los fusilaba a todos*».

Durante medio lustro, la frontera pirenaica iba a ser un territorio salvaje, geografía de la indefinición, metáfora de un mundo en desintegración —el convulso flanco sudoccidental de la Europa ocupada—, y de otro por venir —el de la liberación incompleta y las intrusiones fallidas—, cauce abierto en todas direcciones para los flujos humanos empujados a trochas y senderos por la resaca postbélica: refugiados, traficantes, furtivos, espías, policías, resistentes, guerrilleros, gendarmes, cazadores de indeseables, fugitivos de la miseria. La zona de la raya se erigió en marca insegura, cruzada de jactanciosas «líneas Gutiérrez» solo eficazmente defendidas por la retracción aliada para derribar a Franco, en una yuxtaposición de ámbitos de soberanía obligados a reconocerse mutuamente sin mucho entusiasmo.

El proceso de reacomodación, sin embargo, no fue demasiado largo. El 14 de noviembre de 1949, el prefecto de Altos Pirineos, Edouard Orliac, recibió una misiva del teniente coronel primer jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Jaca:

Muy distinguido señor: En atención a que el temporal de nieves intercepta la marcha en la montaña, dejamos en suspenso las entrevistas de nuestros grupos de servicio en la línea política, según teníamos acordado, agradeciéndole su colaboración en nuestro cambio de noticias. Ante la imposibilidad de nuestro contacto, [...] me agradecería el no perder nuestra relación y, por ello, le suplico que de no representarle molestia o existir inconveniente alguno que lo impida, me envíe información de las actividades de los exiliados españoles en su Departamento, y de conocer algún dato relacionado con la organización de las partidas de bandoleros y su propósito de internarse en España, me indicara punto probable de la penetración, a fin de poner medios dentro de nuestro territorio, para su detención. En espera de sus noticias y con el deseo de que se encuentre bien le saluda con todo afecto s.s. [su seguro] servidor y amigo q.e.s.m. [que estrecha su mano].

El texto empalagosamente obsequioso del oficial de la Benemérita revelaba un apreciable cambio de tono. Ya no se cruzaban disparos, sino cumplidos. El 5 de diciembre, el prefecto le respondió agradeciéndole «el excelente espíritu gracias al que hemos podido establecer una útil colaboración entre nuestras respectivas unidades». Eso sí, tuvo que recordarle que no todo estaba a su alcance: «Estoy totalmente dispuesto, en lo que a mí respecta, a proseguir nuestras relaciones en lo tocante a la vigilancia de la frontera, pero no me corresponde a mí tomar la iniciativa en este terreno, concerniendo este problema directamente a mi Gobierno». Salvados los preceptos que limitaban la acción al funcionario de un estado de derecho —observación que las autoridades francesas siempre tuvieron a gala restregar a sus colegas franquistas, con independencia del estado de sus relaciones—, el ambiente distendido traslucía que la frontera comenzaba a mostrar signos de domesticación por ambas partes.

¿Qué había cambiado entre aquellos tiempos no demasiado lejanos de la hosca vigilancia pronta a resolverse a balazos y estos otros, testigos del intercambio de afables expresiones de la consideración más distinguida? Las motivaciones del giro se intuyen en las actas de la conferencia celebrada el 29 de enero de 1949 bajo la presidencia del prefecto de Haute-Garonne e inspector general de la Administración en Misión Especial (IGAME) de la V Región Militar. Entre otros asuntos relativos a la supervisión del tráfico fronterizo, los reunidos trataron sobre la migración clandestina de españoles a Francia. El IGAME planteó que se trataba de un problema agudo a pesar de las medidas adoptadas para devolver a España a todo aquel transeúnte que no pudiera acreditar su salida del país vecino por motivos políticos.

La mayor parte de los departamentos protestaron contra el envío de una «mano de obra que a menudo es inutilizable». Los clandestinos eran una pesada carga para Francia y el Ministerio del Interior debía instar a la Organización Internacional de los Refugiados a que les buscase un país de acogida distinto. El prefecto del Ariège resumió el sentir de sus colegas afirmando que «numerosos españoles penetran clandestinamente en Francia con el solo propósito de adquirir mejores condiciones de vida y sobre todo beneficiarse de las ventajas otorgadas por nuestras leyes sociales». El freno más eficaz sería vetar por ley el acceso a los beneficios de este tipo a los extranjeros recién llegados.¹ Pero como ello no era suficiente, se hacía imprescindible entablar acuerdos de colaboración con los responsables del lado español para que mejorasen su función de filtro.

Los prejuicios contra la inmigración fueron los primeros, pero no los únicos, en influir en el hostigamiento contra los activistas extranjeros en territorio francés. A ellos se agregaron los originados por la psicosis de inseguridad nacional originada por la guerra fría y los debidos a la virulencia de los conflictos sociolaborales que proliferaron a raíz de la salida de los comunistas de los gobiernos de unión nacional. La percepción de la conformación de una especie de «quinta columna roja» dispuesta a desestabilizar el proceso de reconstrucción occidental basada en los parámetros de Bretton Woods y pronta a actuar como fuerza de choque en apoyo a una invasión soviética pobló las pesadillas de gabinetes, cancillerías, salas de mando y agencias de información durante las siguientes décadas. El constructo derivado de ella, aunque falso, no fue menos eficaz en términos operativos: la posibilidad de que en Europa occidental llegara al gobierno una alternativa de izquierda basada en el consenso frentepopulista que había animado la lucha por la liberación quedó bloqueada de manera perenne. La política de contención, basada en un conjunto de proporciones variables en cuanto a información manipulada, amenazas, intervención encubierta y guerra psicológica, logró sus propósitos. No fue poca, ciertamente, la contribución al bloqueo por parte de los propios partidos comunistas occidentales con su adhesión reverente a las consignas de esa agencia internacional de proyección de los intereses estratégicos soviéticos que fue el Kominform. En el pecado llevaron la penitencia.

Mientras la situación se enrarecía a nivel mundial y las potencias occidentales se enfangaban en una segunda no intervención en los asuntos peninsulares, tan letal para la causa de la democracia en España como la primera, aquella dictadura anacrónica enquistada en el bajo vientre del continente permaneció impertérrita. Tacita a tacita, el «Caudillo» fue esquivando un bloqueo que casi siempre tuvo más de simbólico que de real, con esa fe creciente en la supervivencia que proporciona al aparentemente desahuciado haber sobrevivido un día más. No era para menos: la guerra fría asfaltaba ante él el camino que le llevaría a abrazar en un futuro no muy lejano al vencedor del Eje en las playas de Normandía, a quien trataría con la misma deferencia que no hacía mucho tiempo había empleado con el *Führer* en Hendaya. Tampoco, como se verá, desperdició la ocasión de tratar con el diablo a través de un comercio triangular con el Telón de Acero. Las naranjas, dijo el primer ministro Bidault, no eran fascistas. Ni tampoco el wolframio gallego y el trigo de Ucrania polemizaban a cara de perro

sobre filosofía política. *Business is business*. Buscado por tirios y troyanos, el franquismo acabó por perpetuarse a fuerza de convertirse en funcional a la seguridad del mundo occidental y en moneda de cambio para la entrada de las democracias populares en el concierto internacional. Inocuo para los demás en su garrulo ensimismamiento, su nocividad quedó limitada exclusivamente a su propio pueblo. Cosas de la geopolítica.

La muestra definitiva de que el orden volvía a reinar en la raya la ofreció el caso de Doroteo Ibáñez Alconchel («el Maño»), uno de los guías más destacados de la guerrilla comunista en el interior de España. Tras la disolución de la Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA) en 1951, Ibáñez fue enviado por el partido a París con la orden de que no volviera a acercarse por el Sur. Sabía demasiado. Pero no era «el Maño» sujeto dúctil y acomodaticio. Desobedeciendo la consigna, se instaló por su cuenta en Burdeos con documentación falsa y apariencia de inmigrante económico, encontrando trabajo en una granja de Montbrisson (Loire). No debió guardar las debidas precauciones porque fue detenido por la Gendarmería al cabo de un año. Interrogado, reveló su verdadera identidad y sus actividades en la confianza de que no sería entregado a la policía española.

Pero corrían ya otros tiempos. No encontrando quien acreditara su condición de refugiado político, «el Maño» fue conducido a la frontera en virtud de las medidas legales introducidas por el ministro Jules Moch en 1948. Ibáñez intentó darse a la fuga, pero fue capturado de nuevo y puesto a disposición de la Guardia Civil de Portbou el 28 de noviembre de 1952. El teniente coronel que se hizo cargo de su interrogatorio le reconoció en un álbum de fotos donde los guerrilleros estaban cuidadosamente identificados y clasificados. La información solo podía provenir de dos fuentes: de los agentes de los servicios de espionaje franquista o de las propias autoridades policiales francesas. Del «Maño» conocían su adscripción al AGLA, sus dos nombres de guerra y todas las misiones que realizó, con todo lujo de detalle.

Sometido a un primer consejo de guerra en Zaragoza, Ibáñez fue condenado a dos penas de treinta años de prisión. Un segundo proceso en Valencia le condenó a muerte. Fue fusilado en Paterna el 10 de noviembre de 1956,² el mismo día en que los ojos de la opinión pública internacional estaban puestos en los últimos combates entre tropas soviéticas e insurrectos en las calles de Budapest y en la crisis del Canal de Suez.

ESTRUCTURA Y FUENTES

Este libro tiene dos partes diferenciadas. La primera —capítulos 1 a 9— abarca el periodo comprendido entre la liberación de Francia y los orígenes de la guerra fría (verano de 1944-primavera de 1947), con sus convulsos escenarios y su amplia gama de protagonistas: resistentes, diplomáticos, criminales de guerra, espías, policías. Tiempos de desbordamiento, expectativa y esperanza, pero también de lucha subterránea, traición y desengaño. La segunda —capítulos 10 a 15— estudia la declinante situación de los comunistas españoles en Francia, tomados como ejemplo de la parte más activa de la oposición antifranquista, en medio de un clima enrarecido por el contexto internacional y crecientemente hostil en el plano interno que culminará en su sumersión en una doble clandestinidad a finales de 1950.

Se trata de una historia reconstruida a partir de fuentes directas de procedencia diversa. La mayor parte de la evidencia primaria relevante procede de informes y notas de servicios de información, de cables diplomáticos y de notas de distintas fuerzas de policía. Una malla de entramado fino en la que los organismos encargados de la seguridad exterior y del orden interior pretendieron atrapar la mayor cantidad posible de datos, referencias e indicios sobre aquellas organizaciones a las que creían capaces de fragilizar una y otro.

Los Renseignements Généraux (en adelante, RG) y la Office of Strategic Services (OSS, antecedente de la CIA) constituyen reservorios de primer orden tanto para el estudio del exilio republicano como para el conocimiento de la actividad en el exterior de agentes del régimen franquista. Sus informes muestran elementos muy apreciables que, o bien han desaparecido de los archivos de las organizaciones españolas por los avatares sufridos a lo largo de su dilatada diáspora —pérdida, destrucción o sustracción— o continúan incomprensiblemente sometidos en nuestro país a las cauciones del secreto oficial, lo que obliga a que buena parte de la historia reciente española esté condenada a reconstruirse a través de la percepción de ojos ajenos.

Las notas de los RG de los departamentos pirenaicos (Bajos y Altos Pirineos, Haute-Garonne y Pirineos Orientales) son esenciales para conocer las actividades de la numerosa colonia española asentada en ellos y de sus organizaciones cívicas, sindicales y políticas. No en vano, Toulouse fue considerada la capital de la República española en el exilio y Perpignan, la Cataluña libre. Dotados de una espesa red de agentes in-

formadores que emitían notas a diario, las notas de los RG nutrían la correspondencia diaria del prefecto de cada departamento y su contenido era sometido a un proceso de filtrado para que solo aquellas noticias consideradas como merecedoras de atención especial llegaran a París, al despacho del director general o del ministro del Interior. Estos documentos constituyen una preciosa fuente para reconstruir un periodo oscuro de la oposición al régimen franquista, y no solo eso: también lo son para conocer las actividades en Francia, espejo de las urdidas en España, de los órganos encargados de su represión (servicios de inteligencia y espionaje, policía política), cuyo acceso resulta aún imposible por invocados motivos de seguridad nacional —casi tres cuartos de siglo después— en los archivos españoles.

Los archivos de la OSS, desclasificados en gran parte y liberados en la red,³ permiten complementar los datos recopilados sobre el terreno por los servicios franceses. La compulsas entre ambos permite poner entre paréntesis, para este primer periodo, el mito de la omnisciencia y efectividad de la inteligencia norteamericana, a la que cabría atribuir una cierta bisonñez que las urgencias del presente se encargarían de limar rápidamente. Durante el lustro que nos ocupa, los informantes de la OSS fueron tributarios de sus colegas europeos y, en ocasiones, su carencia de filtros para depurar la verosimilitud de las informaciones que llegaban a su conocimiento les convirtió en amplificadores de groseras intoxicaciones, como habrá ocasión de comprobar. Como decía el personaje de aquella célebre película de Billy Wilder, nadie es perfecto.

Los archivos españoles siguen siendo una cantera inagotable para el investigador. Los del Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE) hoy depositados en el Archivo General de la Administración (AGA) y los del Ministerio del Interior (MI) son de un valor inapreciable. Los militares, como el de Ávila, no van a la zaga. Lástima que, en los dos últimos casos, la posibilidad de consultar sus fondos con plena disponibilidad todavía sea un desiderátum. Un celo excesivo en la despersonalización de los datos biográficos de reconocidos agentes de la policía política de la dictadura, una ley de protección de la intimidad que protege a reputados conculcadores de los derechos humanos y la existencia de cláusulas de secreto gravitando sobre todo lo que rodea a las unidades militares desplegadas en la frontera con Francia —cuando ambos países pertenecen desde hace décadas a las mismas estructuras políticas y defensivas europeas— obligan a

fiar el conocimiento de nóminas de agentes, catálogos de acciones y organigramas jerárquicos a lo recopilado por los servicios de inteligencia vecinos que, por otra parte, ofrecen acceso franco a través de los fondos depositados en los archivos departamentales. Esperemos que llegue el día en que, por fin, se haga realidad en estos temas el mantra de la equiparación con los países de nuestro entorno.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que han tenido que ver en que este libro haya llegado a su fin. Suyos son los méritos y míos, en exclusiva, los posibles errores. Como todos mis trabajos anteriores, este se ha realizado sin ayuda institucional o privada alguna. Afortunadamente, cuento con el apoyo incondicional y entusiasta de mis chicas, Almudena y Violeta. No necesito nada más para sentirme recompensado.

Ángel Viñas se prestó generosamente a una primera lectura del manuscrito que contribuyó decisivamente, con sus certeras observaciones, a pulirlo de errores garrafales. Irène Tenèze, hija del general de guerrilleros Luis Fernández, me prestó el archivo inagotable de sus recuerdos y a ella se deben algunas de las impagables imágenes que forman parte del libro. Teresa Cordón, hija de Antonio Cordón, general del Ejército Popular y ejemplo de militar patriota, me comunicó algunas de sus vivencias personales, imprescindibles para situar los hechos en su contexto.

El Grup de Recerca sobre l'Època Franquista (GREF) de la Universitat Autònoma de Barcelona, bajo la dirección de Carme Molinero y Pere Ysàs, me invitó a participar en la presentación de un avance de la investigación. Las interesantes cuestiones surgidas en el debate propiciaron la posterior profundización en algunas líneas temáticas solo sugeridas hasta entonces.

Deseo agradecer la profesionalidad de los archiveros y documentalistas de cuantas instituciones he consultado, empezando por José Luis Arcas Hernández, que me hizo de sherpa en los intrincados vericuetos del Archivo General de la Administración. Sin profesionales como él, responsables de un trabajo callado y poco reconocido, la tarea del historiador sería infinitamente más ardua. Quiero destacar como ejemplo al encargado del Archive Departamental de Hautes-Pyrénées

(Tarbes), que con un entusiasmo desbordante y con una diligencia que fue mucho más allá de lo requerido en sus funciones me ayudó a encontrar el hilo conductor de los informes policiales a las prefecturas, fundamental para encontrar sentido al denso tráfico de informaciones sobre el exilio comunista en el sur de Francia. Confío en que los asiduos genealogistas que poblaban el reducido y acogedor espacio del archivo, a quienes postergó momentáneamente para guiarme en aquel dédalo documental, se lo hayan sabido perdonar.

Me es grato dedicar este trabajo a los jóvenes historiadores que se van a encargar en breve tiempo de ensanchar nuestro conocimiento sobre el pasado reciente. Espero de los futuros trabajos de Pablo Alcántara, Eduardo Abad, Cristian Ferrer o Joan Gimeno una ampliación de las escenas del mosaico de nuestro pasado reciente mediante el descubrimiento de teselas nuevas que rellenen los aún demasiado extensos huecos de los que adolece este periodo. Otros, como Julián Vellido, ya llevan avanzado un trecho importante en ese camino.

Agradezco muy sinceramente el interés con que Gonzalo y Ferran Pontón han acogido mi trabajo en Pasado & Presente. Espero haber estado a la altura del nivel de calidad que caracteriza a los títulos de su catálogo.

Entre quienes ya no podrán ver el resultado de este trabajo quiero recordar a José Antonio Alonso Alcalde, «comandante Robert» en el maquis del Ariège, a quien tuve el privilegio de conocer en Montauban durante unas jornadas en honor del presidente Azaña. Héroe en Francia, exiliado durante décadas, nunca renunció a sus orígenes. Este país siempre tendrá una deuda de reconocimiento con aquella generación dispersa por tres continentes que nunca dejó de llevar a su patria en el corazón, sin ditirambos ni ostentaciones hueras. No les hacía falta: como escribió Max Aub, fueron lo mejor de España y no les olvidamos.

Y a Julián, con cariño infinito.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	7
---------------------------	---

I

1. UNA LIBERACIÓN INCOMPLETA (1944-1945)	19
Una inacabable división	24
Desbordamiento	29
Juego de tahúres	34
Reflujo	39
2. UNA VECINDAD INCÓMODA	45
Un personal peculiar	54
Lucha de gallos	58
Los amigos de mis amigos	64
3. AMISTADES INCONVENIENTES	73
Redes de apoyo	83
«Cazar con los perros, correr con la liebre»	94
4. LOS OJOS Y LOS OÍDOS DE LA DICTADURA	103
La Segunda Bis	106
El club de los espías	112
Diplomados en antimarxismo	124
Psicosis de espionaje	128
El fin de la era épica	134

5. EL PUÑO DE HIERRO: LA BRIGADA POLÍTICO SOCIAL	139
Quintela y Polo, vidas paralelas	140
El sello nazi	147
Entre colegas	152
6. EL ESTADO DE ÁNIMO DE LOS ESPAÑOLES: DE LA EUFORIA AL DESENGAÑO	159
Un congreso sin ordinal	165
Cuando una puerta se cierra, otra también	173
¿Una luz al final del túnel?	180
7. EL ÚLTIMO CARTUCHO	189
Los negocios son los negocios.	198
Fuera caretas	205
8. LA SEGUNDA NO INTERVENCIÓN	209
Indeseables	210
Indeseables, pero necesarios	213
Crímenes atroces.	218
El fin de la frontera permeable	224
La pesadilla de los infiltrados	227
Modalidades de paso	230
<i>Tout va bien, Monsieur Superprefect</i>	235
9. TARJETA ROJA (1947-1948)	241
¿Qué pasará ayer?	243
El ciclo huelguístico de 1947.	250
«Una inadmisibile intromisión»	257

II

10. EL PARTIDO SUMERGIDO.	271
El inicio del declive	273
Cuesta abajo en la rodada	277
La obsesión por el parapartido	279
Un rastro de hormigas sobre el mapa	284
Escuelas de sabotaje	287
La guerra fría se recalienta	290

11. LA CRIMINALIZACIÓN	299
En rumbo de inmersión	303
En clave de cautela	308
Vigilar y prevenir	314
12. HACIA LA SEGUNDA CLANDESTINIDAD	325
Las huelgas de 1948	330
Todos conspiran	334
Las tapaderas	340
Disección de un futuro cadáver	347
Las fantasmales Brigadas Internacionales para Grecia	352
Una geografía en armas	363
13. EL ENEMIGO, EN SEPIA	367
La cornucopia moscovita	369
Fernández & Valledor, S.A.	376
El tejido asistencial: Hospital Varsovia	380
Fuego amigo	382
Un partido agotado	386
Arsenales, espías y ajustes de cuentas	388
14. EL BOLERO DE PLÉVEN	399
El golpe	413
15. EN LAS CATACUMBAS	425
Desmantelando posiciones	428
Reanudando la larga marcha	440
Un nuevo rumbo	448
<i>Conclusiones</i>	451
<i>Notas</i>	457
<i>Bibliografía</i>	491
<i>Índice alfabético</i>	499